

REPUBLICA ESPAÑOLA
Presidencia
del Consejo de Ministros

APUNTES PARA LA HISTORIA
de la
PRIMERA REPUBLICA
REPUBLICA DE 1873

TRES PRESIDENTES

*Para conocimiento del
Comisario de Galicia
D. Valera*

Los textos de este documento
están entrecortados de los APUNTES
PARA LA HISTORIA de la PRIMERA
REPUBLICA

I.- Apuntes para la Historia de la Primera República
Pi y Margall, publicado en 1907

Los textos limitados a este por D. Francisco Pi y Margall
publicados en 1907

Los textos limitados a este por D. Francisco Pi y Margall
publicados en 1907

y que puedan servir de lección y ad-
vertencia a las nuevas generaciones

II.- Nuestro Socialismo : La Libertad

por D. Emilio Castelar

aprovechando en la República. + +

La República vino por donde menos la esperábamos. Sin más principios
o que volver los ojos. Los hombres políticos sin distinción de bandos ven

III.- Nicolás Salmerón, Maestro, Filósofo y Político.

Resueltos a es-
tadísticas de Wallase y la por D. Francisco Giner de los Ríos.

sucesos y el gobierno, que de la un pensamiento y se habían proporcionado
medios de ejecutarlo, se dejaron unos a los tímidos, deciden otros a los
vacilantes e inutilizar todos los que aún pretenden salvar de las ruinas
de la dinastía el principio republicano.

Opinión de los políticos. -

¿Qué República era la que se buscaba? Ni la federal ni la unitaria.
Había meditado acuerdo entre los antiguos y los modernos republicanos, y
habían convenido en dejar a las Cortes Constituyentes la definición y la
organización de la nueva forma de Gobierno.

Opinión del pueblo. -

Es verdad que la República no había nacido de combates ni tumultos;
pero no lo es menos, que tampoco debía a la ley su origen. Los pueblos, a
falta de la inteligencia de que están dotados los individuos, tienen un
instinto que para ver los peligros que amenazaban la proclamación de la Repúbli-
ca se precipitaron.

Documentos y Estudios

Las Cortes Constituyentes.

No se les habla APUNTES PARA LA HISTORIA de la revolución ni de reforma, que no mostrasen aún por llevarlos a cabo ni recibiesen con atenciones aplausos las palabras de los republicanos. Necesaban hacer pronto algo en beneficio de los pueblos. PRIMERA REPUBLICA de la España de 1873. No muy alto su nivel intelectual, poco determinadas sus aspiraciones, no muy fijas sus ideas; pero gracias a esas mismas condiciones eran fáciles de llevar a la inmediata realización de nuestra PELICULA DE 1873. Si las hubiesen hecho esfuerzos para conseguir una mayor actividad, por ejemplo, Vista por D. Francisco Pi y Margall

La abstención monárquica.

Los textos de este documento están entresacados de los APUNTES PARA LA HISTORIA de la PRIMERA REPUBLICA española que D. Francisco Pi y Margall publicó en 1874.

Nos hemos limitado a seleccionar y ordenar algunos párrafos que se dirían escritos en 1874, para historiar la II República de 1931-36, y que pueden servir de lección y advertencia a las nuevas generaciones republicanas.-

(Los epigrafs son nuestros) :

Advenimiento de la República.-

La República vino por donde menos la esperábamos. Sin más príncipes a que volver los ojos, los hombres políticos sin distinción de bandos ven casi todos como necesidad la proclamación de la República. Resueltos a establecerla se hallaban ya los que habían previsto y tal vez acelerado el suceso; y como hombres que llevan un pensamiento y se habían proporcionado medios de ejecutarlo, empujan los unos a los tímidos, deciden otros a los vacilantes e inutilizan todos a los que aún pretenden salvar de las ruinas de la dinastía el principio monárquico.

Opinión de los políticos.-

¿Qué República era la proclamada? Ni la federal ni la unitaria. Había mediado acuerdo entre los antiguos y los modernos republicanos, y habían convenido en dejar a unas Cortes Constituyentes la definición y la organización de la nueva forma de Gobierno.

Opinión del pueblo.-

Es verdad que la República no había nacido de combates ni tumultos; pero no lo es menos, que tampoco debía a la ley su origen. Los pueblos, a falta de la inteligencia de que están dotados los individuos, tienen un instinto que rara vez les engaña. Vieron en la proclamación de la República un acto revolucionario.

Las Cortes Constituyentes.-

No se les hablaba de un principio de Constitución ni de reforma, que no mostrasen afán por llevarlos a cabo ni recibiesen con atronadores aplausos las palabras del que los ofrecía. Deseaban hacer pronto algo en beneficio de los pueblos. Eran, sin duda, inexpertas. No muy alto su nivel intelectual, poco determinadas sus aspiraciones, no muy fijas sus ideas; pero gracias a esas mismas condiciones eran fáciles de llevar a la inmediata realización de nuestro dogma, si en vez de dividir las hubiesen hecho esfuerzos para congregarlás, y en vez de paralizar su actividad, por dirigiirla.

La abstención monárquica.-

Los antiguos partidos monárquicos se retrajeron y no quisieron tomar parte en las elecciones. Ya sabéis lo que significa en España el retraimiento: la conspiración, primero; más tarde, la guerra.

Oposición republicana.-

A falta de una fuerte oposición, por eso ^{que} se ha dado en llamar el juego de las instituciones, levantamos una en nuestro propio seno. Dividir, alejar unos de otros a los republicanos, ¿para que podía servir sino para quebrantarnos y añadir fuego a la hoguera? Aun estando unidos, eran escasas nuestras fuerzas; desunidos, ¡cuán débiles no habíamos de ser contra tantos enemigos!

La base de la República.-

Nada más generoso ni más seductor que la que se ha dado en llamar política de ancha base; nada más peligroso ni más impracticable para una situación débil que no estaba ni siquiera definida.

La obstrucción.-

Sobrevinieron luego dificultades, la primera y la más capital, la impolítica y la funestísima retirada de la que se llamaba la minoría de la Cámara.

Los errores cometidos en las Cortes favorecían los planes de los conjurados y falicitaban el alzamiento; el alzamiento no por eso dejaba de ser un delito ni los conjurados unos delincuentes.

El extremismo.-

Van siempre a los partidos extremos las más insensatas ambiciones, y éstas, casi nunca satisfechas, agitan y remueven sin cesar a las muchedumbres.

La política militar.-

Los jefes militares no habían manifestado el mayor entusiasmo por la República y se los miraba con desconfianza. Sospechábase que estaban conspirando: se seguía paso a paso sus movimientos y se tomaban precauciones para desconcertar sus verdaderos o supuestos planes.

(1) Advertencia profética: España se quiso otorgar en 1875 la autonomía a Cuba; en 1898, tuvo que aceptar la independencia. En 1932, la Segunda República otorgaba al Estado la Autonomía a Cataluña; precisamente para vincularla voluntariamente a España.

Había proclamado la Asamblea Nacional la República; pero el ejército no era republicano; no lo eran sus jefes y oficiales.

Se hablaba de conspiraciones en la milicia y en el ejército, de inteligencias secretas entre radicales y conservadores, de generales que habían ofrecido a la reacción sus espadas y era tal la seguridad que se tenía del triunfo de los conjurados, que se creían generalmente contados los días de nuestro Gobierno.

Agitación en Andalucía.-

Era Andalucía la esperanza de la República contra la reacción futura; por de pronto, un peligro. Sobre un volcán, Sevilla. La dificultad estaba en reducirla a la obediencia sin matar su espíritu republicano, es decir, en alejar el peligro de hoy, sin perder la esperanza de mañana. Aún suponiendo que hubiese dispuesto de ejército para vencerla por las armas, era siempre de temer que vencióndola no destruyese fuerzas de que podía necesitar en breve la República.

Los gobiernos revolucionarios que vuelven las armas contra sus mismos adeptos, si son vencidos, abren paso a la anarquía; si vencen lo abren ordinariamente a la reacción y siguen más o menos tarde la suerte de los vencidos.

¡Con qué júbilo, con qué fruición no leían aquellos gobiernos en las Cortes los telegramas en que se les daba cuenta de las victorias obtenidas sobre los pueblos insurrectos! Las cantaban ellos y los suyos en todos los tonos, sin advertir que cantaban los funerales de la República.

La autonomía.-

Hay allí en Cuba una insurrección siempre moribunda, nunca muerta. Me pareció que había llegado para la isla de Cuba el caso de concederle toda la autonomía, compatible con la unidad de la República. Si también estas proyectadas reformas son en mí dignas de censuras, no me importa. Me aplaudo por haberlas intentado. Desgraciadamente, después de mi caída, hasta se entorpeció en las Cortes el proyecto relativo a las libertades de Cuba; hecho que es fácil que añada fuego a la insurrección y nos traiga en lo futuro complicaciones y disgustos, obligándonos a hacer por la presión de extraños pueblos, lo que hemos podido y debido verificar, atendiendo sólo a los fueros de la razón, y aun a la voz del egoísmo. (1)

La calumnia.-

El país no podía, ciertamente, llamarse a engaño sobre mis ideas políticas. Atendiendo mi carácter podía esperar aún menos, que me llevase al Gobierno otro fin que el de realizarlas. Así comprendieron sin duda los enemigos de la República, puesto que me escogieron por blanco de sus tiros. En la imposibilidad de ganarme por la lisonja, resolvieron acabar conmigo por la difamación, y así lo hicieron. Desgraciadamente les ayudaron en su obra, unos por maldad, otros por torpeza, muchos republicanos.

Dióse el no común espectáculo de que durante cinco meses, día por día, atacase la Prensa toda a un hombre caído, que nada hacía por levantarse, y le ultrajase, y le presentase al mundo como un monstruo con el cual no podía venir sino la disolución de la sociedad y la pérdida de la patria.

(1) Advertencia profética. España no quiso otorgar en 1873 la autonomía a Cuba; en 1898, tuvo que aceptar la independencia. En 1932, La Segunda República otorgaba el Estatuto de Autonomía a Cataluña, precisamente para vincularla voluntariamente a España.

Y a pesar de no haber propuesto desde el Gobierno más reformas sociales que las aceptadas y hasta realizadas por pueblos los más cultos de Europa, se me hacía pasar por hombre que intentaba alterar esencialmente las leyes en que descansan la propiedad y la familia. En la guerra, como en toda clase de lances, la pasión entra por todo. Dame ¿Cómo se perdió la República? que odien y éstos aprán los mejores soldados.

Debía la República ser regida por los Republicanos. Sería hasta inmoral que otra cosa hicieran. O los partidos no tienen razón de ser, o significan direcciones distintas para la marcha de las naciones al cumplimiento de sus destinos. A cada partido, su dirección; o lo que es lo mismo, su política.

Quería yo la República para los republicanos con el fin de evitar lo que con una política distinta no han podido impedir mis sucesores: que entregadas a enemigos las fuerzas de la nación, no se volviesen en nuestro daño en vez de ser nuestra defensa. Yo no podía tener en mis adversarios la ciega confianza que otros han demostrado. Los había visto conspirar y sublevarse los unos contra los otros con dinastías que todos aceptaban; yo no podía convencerme de que fuesen leales en una República que no querían y tal vez odiaban a muerte.

Yerran grandemente los que creen que la situación republicana ha desaparecido al primer golpe de fuerza. El 3 de enero (léase hoy, 18 de julio) es el último término de la serie de conspiraciones abortadas o vencidas, que arranca del 24 de febrero (léase 10 de agosto), Abortaron o fueron vencidos mientras hubo gobiernos que velasen por nuestra suerte y se rodeasen de elementos para contrarrestarlas: triunfaron cuando el Gobierno, aún oyendo el rumor de la tempestad, se entregó a un vergonzoso sueño, y nada hizo ni nada preparó para conjurarla.

El resultado.-

La unidad de la nación, rota; el Gobierno central, sin fuerzas, los partidos reaccionarios cobrando aliento; la guerra civil sin freno, la República al borde del abismo.

Aún estando abiertas de par en par a todos los españoles las puertas de la prensa, la tribuna y los comicios, republicanos impacientes han ido a buscar en las armas el triunfo de su causa. Su insurrección, como todo crimen, ha engendrado el mal y franqueado el paso a una reacción que no podía por menos de ser origen de otros males. Vean cómo no se falta nunca impunemente a las eternas leyes de la justicia.

Otros republicanos, asustados por la difícil situación que aquéllos creaban, han buscado en las doctrinas y en el apoyo de los conservadores los medios de conjurar el doble peligro de la revolución y la guerra. Perdieron, aplicando los principios ajenos, la fe en los suyos, mermaron las fuerzas de su partido, dieron aliento y vida a los contrarios, y en vez de contener la ruina a que los impacientes nos llamaban, la precipitaron. Aprendan ahora a ser más cautos. Desconfíen de salvar la República por los que no la llevan en sus corazones y en sus almas.

La guerra.- El pueblo en armas.-

Conozco los inconvenientes de la milicia; pero en época de revolución y de guerra la quiero, a pesar de sus inconvenientes.

II

Trajeron complicaciones y revueltas, pero atajaron mil veces el paso al enemigo y pelearon bravamente. Gracias a ese armamento general, el pueblo todo estaba metido de hoz y coz en la contienda. Había espíritu, entusiasmo, encono; y los dos bandos se disputaban a palmos el terreno. En la guerra, como en toda clase de luchas, la pasión entra por todo. Dadme hombres que sientan, que amen, que odien y éstos serán los mejores soldados.

La intervención extranjera.-

Por Emilio Castelar.

... "el escándalo de que naciones extranjeras interviniesen en nuestras discordias y se burlasen luego del Gobierno, escoltando, en sus verdaderos actos de piratería, las fragatas enemigas".

Conclusión.-

No perdamos de vista el presente. Difícil es la situación que atravesamos, rudos los tiempos que corremos. Don Carlos está sobre Bilbao y no dejará de ser una amenaza desde las escarpadas montañas del Norte. Entra en villas y plazas donde no pusieron jamás su planta los soldados de su abuelo. Tienen, además, fuerzas respetables en Aragón, en Castilla, en Asturias. Los legitimistas de todas partes la sostienen; la reacción, que levanta en toda Europa la cabeza, le alienta.

Nos amenaza por otra parte don Alfonso, aunque no ha dado aún su grito de guerra. Están por él muchos de nuestros generales, una parte del clero, y la antigua aristocracia.

Lo primero que la sociedad necesita es el derecho; lo primero que necesita el hombre es la libertad. ++
de la libertad, no hay salvación.

Así como en el universo los acontecimientos se suceden y se suceden, los hombres... "Y si vosotros, en vez de consumir en luchas estériles, entráis en cuestiones de verdadera importancia para la vida de la nación, yo os lo aseguro, se salvará la República, por grandes y poderosos que sean sus enemigos.

No desmayen los que sientan aún en sus almas el amor de la República. Los hombres mueren, las ideas quedan. No ha logrado matarlas jamás ni la traición, ni el hierro, ni el escándalo, ni siquiera los crímenes cometidos a su sombra. Viven más que sus vencedores; y, aún vencidas, minan el trono de los que creen estar sentados sobre sus ruinas. Como el germen de las plantas, brotan a través de la misma tierra que se les da por sepultura."

La ley característica de la naturaleza humana, la que distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos a una fatalidad inevitable, a fuerzas que no pueden vencer, la ley primordial de la naturaleza humana es la libertad.

Francisco Pi y Margall.

Por consecuencia, a medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más a la naturaleza humana, medida que más se aproxime a la naturaleza humana, asegurará más su libertad. Es un gran error creer que para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben

II

NUESTRO SOCIALISMO :LA LIBERTAD

Por Emilio Castelar.

Las dolorosas experiencias que ha vivido el mundo moderno, las abominables tiranías que, usurpando el prestigio del ideal socialista, han suprimido las libertades de los pueblos, conceden nueva actualidad y utilidad a esta espléndida página del último Presidente de la I República, derrocada por la espada de Pavía y por el pronunciamiento de Sagunto. La I República, como la II, nació de la Ley, y pereció a manos del crimen que, no por haber vencido, deja de serlo.

Lo primero que la sociedad necesita es el derecho; lo primero que necesita el hombre es la libertad. Fuera del derecho, no hay vida; fuera de la libertad, no hay salvación.

Así como en el universo los agentes más impalpables y etéreos, la luz y el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos; así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano. La sociedad es un ser real objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales e inevitables como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocían las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caída del rayo, apelaba a la magia, arrastrábase a las plantas de las teocracias.

Cuando no conocía las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudía el hombre a una falsa organización social, a un Poder absoluto de origen extrasocial y divino. Pero desde el momento que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son en su fondo y en su forma sino las mismas leyes de la naturaleza.

La ley característica de la naturaleza humana, la que distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos a una fatalidad inevitable, a fuerzas que no pueden romper; la ley primordial de la naturaleza humana es la libertad.

Por consecuencia, a medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más a la naturaleza humana, y a medida que más se aproxime a la naturaleza humana, asegurará más su libertad. Es un gran error creer que para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben

todos los derechos.

Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios a los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, así también se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza que, lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra. La sociedad no es el sacrificio de la libertad, como creen los absolutistas; no es contraria a las leyes primordiales de la naturaleza humana, no tiene derechos antitéticos a los derechos naturales, sino que es la misma naturaleza humana y la misma libertad, elevadas a su última potencia.

Sólo se vence en el mundo por la libertad. Grecia vence al Oriente, porque en Salamina y en las Termópilas resonaba el grito de la libertad. Atenas eclipsa a Esparta, porque Atenas era una república democrática, en cuanto cabía serlo en la antigüedad. Los germanos vencen a Roma porque traen el sentimiento de la libertad en su pecho. El Municipio destruye al castillo feudal y emancipa al siervo porque siente agitarse en su seno la libertad. Suiza vence a Austria, Holanda a España, porque invocan la libertad: que así es fecunda para el campesino en las montañas, como para el navegante en los mares. Los Estados Unidos vencen a la invencible Inglaterra porque proclaman la libertad. Con el grito de libertad en los labios, la clase media derribó la Bastilla del absolutismo. Con el grito de libertad, vosotros, hijos del pueblo, alcanzaréis vuestros derechos, y con vuestros derechos el bienestar que da siempre la justicia. La historia del mundo es la historia de la libertad. No os interpongáis, trabajadores, en su camino.

¿Hay un problema social? Lo hay. ¿Es necesario resolverlo? Es necesario. ¿Cómo se resuelve? Nosotros creemos que la justicia no puede ser contraria a la justicia; que la libertad no puede ser enemiga de la libertad y fiamos la solución del problema social al derecho humano, que abraza toda la vida; y por eso nos llamamos demócratas. Hemos aprendido mucho y le decimos al pueblo: -- Espera de la democracia la libertad de tu pensamiento, la seguridad de tu hogar, la inviolabilidad de tu persona, el trabajo libre, la asociación libre, el crédito libre; espera que la democracia te convertirá de paria en ciudadano; espera de la democracia todos los derechos; pero la solución del problema que te agita, el mejoramiento de tus condiciones materiales, tu redención social, que es necesaria, y que lo porvenir te reserva, eso espéralo de la libertad.

La historia del mundo, ha dicho el más grande de los pensadores modernos, la historia del mundo es la historia de la libertad. A medida que el hombre ha ido creciendo, ha ido dominando la felicidad natural y la felicidad social. Merced esto, la naturaleza se ha convertido de señora en esclava; y la sociedad se ha convertido de ergástula en hogar. El Estado ha perdido el derecho divino en que se parapetaba, y con el derecho divino ha perdido aquella superioridad científica, política e industrial que le atribuíamos. Vino la revolución: ¿y qué hizo? Oponer a los principios del antiguo régimen la libertad; declarar que el Estado es humano y no divino, y decir que no tiene legitimidad sino en cuanto asegura y garantiza los derechos de todos.

¿Queréis ver la democracia perfecta, la democracia que no ha caído a las plantas de ningún César? Allí el pensamiento es libre; la conciencia vuela a lo infinito sin que ninguna fuerza la oprima; el propietario tiene su propiedad y el trabajador su trabajo; la asociación perfora las montañas, doma los ríos, extiende el hilo telegráfico por el aire, el rail por el suelo; la enseñanza funda sus escuelas libres; el Jurado corona con las ideas de justicia al individuo; las asambleas discuten; la Prensa llueve luz sobre la frente de las muchedumbres; la industria hace milagros: es el país de la virtud y del trabajo, por que es el país de la libertad.

En cambio, mirad el Imperio; miradlo, sin Prensa, sin asociación, sin dignidad, sin derechos, juguete de un hombre que personifica el monstruo del Estado. Repitamos con el gran poeta francés: Aunque la tiranía nos proporcionara todos los bienes materiales, aunque diera suculentos manjares al paladar, música a nuestro oído, aromas a nuestro olfato, todos los placeres juntos, diríamos: prefiero tu pan negro, ¡libertad!

de haber entresacado únicamente algunos párrafos del prólogo que Giner de los Ríos redactó para el libro de HOMENAJE A LA BUENA MEMORIA DE DON NICOLAS SALMERÓN, aquel Presidente que renunció la Jefatura del Estado antes que firmar una sentencia de muerte, "dejando el trono al verdugo".

Como el héroe del poeta, todo lo probó: la gloria, la riqueza, la esclavitud, la pobreza, el destierro, la candorosa popularidad infantil, y la rebeldía envenenada; las duras cargas y sacrificios del poder; y el goce austero de la conversación interior en la soledad insondable.

En casi todo el arte espiritual y social puso la mano. Y en todo ello a su modo. ¿Y qué modo? El caso catalano, local, del conflicto civil entre partes, lo ahonda hasta la dignidad de un problema universal de interés público y humano. La enseñanza privada, siempre dolida del programa oficial, del examen y del texto, deviene a su impulso aquel ensayo del "Colegio Internacional", que aspira a formar un ambiente nuevo para la educación y alcanza desde los primeros años del niño a los cursos superiores. Donde Ruiz Quevedo, Ferrnández Jiménez, Augusto Lineros, Juan Uña, Narraiges. ¿Y qué y otros más -yo hoy cobo todos sus compañeros en el recinto obscuro-, inquietar con los problemas de la naturaleza, el arte, el derecho, la Economía, la Historia Universal. Y esto, poco antes de la Revolución de Septiembre, en plenas postrimerias del reinado de doña Isabel II.

Por entonces fue también el momento de sus famosas lecciones de Historia en la Universidad (de que nos queda el brevísimo compendio trabajado con Castro) y cuando creó entre nosotros -puede decirse que de la nada- la enseñanza superior de la Geografía, dejando en ambos surcos siembra de ideas luminosas.

El problema de la Religión, en sí misma, no sólo en sus conexiones con el problema político - aunque ésta pareciese, por las circunstancias, ser a veces para él lo primero-, despertó en su alma vibrante, honda

III

NICOLÁS SALMERÓN

Maestro, Filósofo y Político

===

Por D. Francisco Giner de los Ríos

Con emoción reproducimos esta espléndida estampa del Tercer Presidente de la Primera República, escrita por otra de las figuras señeras de la tradición republicana, el maestro por antonomasia, Don Francisco Giner de los Ríos. Nos excusamos de haber entresacado únicamente algunos párrafos del prólogo que Giner de los Ríos redactó para el libro de HOMENAJE A LA BUENA MEMORIA DE DON NICOLAS SALMERON, aquel Presidente que renunció la Jefatura del Estado antes que firmar una sentencia de muerte, "dejando el trono al verdugo."

I

Como el héroe del poeta, todo lo probó: la gloria, la cárcel, la idolatría, la pobreza, el destierro; la candorosa popularidad infantil y la rebeldía envenenada; las cumbres amargas y magnificentes del poder y el goce austero de la conversación interior en la serenidad insondable.

En casi todo el orbe espiritual y social puso la mano. Y en todo ello a su modo. ¡Y qué modo! El caso cotidiano, local, del conflicto civil entre partes, lo ahonda hasta la dignidad de un problema universal de interés público y humano. La enseñanza privada, sierva dolorida del programa oficial, del examen y del texto, deviene a su impulso aquel ensayo del "Colegio Internacional", que aspira a formar un ambiente nuevo para la educación y alcanza desde los primeros años del niño a los cursos libres donde Ruiz Quevedo, Fernández Jiménez, Augusto Linares, Juan Uña, Maranges, Moret y otros más -ya hoy casi todos sus compañeros en el reino obscuro-, inquietan con los problemas de la naturaleza, el Arte, el Derecho, la Economía, la Historia Universal. Y esto, poco antes de la Revolución de Septiembre, en plenas postrimerías del reinado de doña Isabel II.

Por entonces fué también el momento de sus famosas lecciones de Historia en la Universidad (de que nos queda el brevísimo compendio trabajado con Castro) y cuando creó entre nosotros -puede decirse que de la nada- la enseñanza superior de la Geografía, dejando en ambos surcos siembra de ideas luminosas.

El problema de la Religión, en sí misma, no sólo en sus conexiones con el problema político - aunque éste pareciese, por las circunstancias, ser a veces para él lo primero-, despertó en su alma vibrante, honda

simpatía, amargamente conturbada por la salvaje persecución y el espectáculo de las masas, casi irresponsables, de nuestras plebeyas clases medias, ayunas de intimidad espiritual, de piedad, de humildad, de amor divino, de respeto humano, y cruelmente arrastradas por el terror y la frivolidad, juntamente, a la servidumbre del materialismo litúrgico en lo exterior, y, en sus adentros, a aquella sombría "caridad de castigo" del compelle intrare, de que tanto sabemos hoy mismo todavía en nuestra deshecha, desesparanzada, pobre España.

II

Muchos --ya en son de aprobación, ya de censura-- piensan que Filosofía y Religión son hermanas. Según unos, donde aquella acaba, comienza la obra suplementaria de la fe; para otros, al contrario, la Religión es como anticipación popular en el mundo de la fantasía y del sentimiento, con sus vagas aspiraciones etéreas, de lo que la razón construye críticamente en sus conceptos. Y aun aquellos para quienes la Religión no es primeramente cosa intelectual, ligada a un contenido metafísico (por ejemplo, a la llamada "explicación del mundo"), sino una forma fundamental de la vida, como la Moralidad, o el Derecho, o el Arte, sea la caridad que derrita las almas, o la intimidad en el Cosmos, o la humilde dación al Ser divino..., ven en la Filosofía, con sus problemas universales, como el anverso de la Religión, cosa análoga, en el mundo del pensamiento, a lo que ésta aspira a ser en la orientación de la conducta.

Pues en nada se puede advertir mejor esta congruencia que en la filosofía de Salmerón, la más potente obra que en su tipo --la construcción ideal-- ha visto entre nosotros el siglo XIX.

Recibió este pensamiento su impulso inicial en el aula de Don Julián Sanz del Río, maestro hasta hoy único en la España moderna: severo, intenso, riguroso, educativo, que, como Kant, aspiraba, no a enseñar "una filosofía", sino "a filosofar"; no a propagar "una doctrina hecha y conclusa", sino a indagar libremente la verdad "en compañía obligada de la propia conciencia". Ya, a su vez, el punto de partida de esta enseñanza era la filosofía de Krause, cuya Metafísica no está, sin duda, en el gusto del día; pero a cuyo sentido general de la Ética, el Derecho y la Ciencia social, parece que vuelven hoy los ojos con insistencia los pensadores de los más diversos puntos de partida.

III

Dos palabras, para terminar, sobre el político. Separo ante todo al orador majestuoso, de generosidad insuperable y enérgica inventiva, más tremenda mientras más contrariada. Si, como dice un crítico, "el mundo está regido por dos grandes fuerzas: la idea del griego y la pasión hebraica", en aquel volcán nadie sabría decir qué era mayor: la luz o el fuego. Y si al más endurecido conmovía el espectáculo de la palabra cálida y autera con que el maestro dejaba fluir las ideas en el desierto de nuestra triste Universidad desespiritualizada ¿qué decir de la limosna de aquel verbo tempestuoso, cayendo desde el Sinaí en nuestro Parlamento, sencillo, ingenioso, divertido y "sin segunda", como una sala de armas; pero, en punto ideal, uno de los más insignificantes de Europa? ...

Ahora, como político de acción a Salmerón lo turbó siempre un doloroso conflicto. Su orientación general, en perpetua discordia con el medio, la selvática inflexibilidad de su contextura y su carácter --que recordaba a su modo a Ríos Rosas-- lo empujaban fuera de los partidos y le imponían la vocación solitaria del profeta, llamado a remover las almas con la potencia de la idea y el fervor de la pasión incandescente. Su superperiodad, tan desproporcionada, las circunstancias de nuestra historia, mil factores complejos, hicieron constantemente un jefe de aquel eterno disidente, nacido para no mandar ni ser mandado.

Porque el jefe necesita expresar el sentido del grupo a quien gobierna; tiene que ser un conservador, un conformista, una personalidad a la vez elástica y firme, cuyas fórmulas lleven aquel grupo a la conciencia de sí mismo, haciéndole hallar en ellas sus tendencias sordas, sus inclinaciones y sus reclusiones.

Y Salmerón luchó siempre contra su propia jefatura, como contra una tiranía del destino. Por esto, nunca fué más libre quizá que desde 1868 a 1873 an aquel relámpago casi europeo de la revolución de Septiembre --bien pronto apagado--- donde, con desprecio de toda convención y artificio, sin encomendarse más que a sí propio, fué a la vez que un vidente, un fermento de perturbación constante, soldado de todas las causas, hoy más o menos ganadas, pero entonces perdidas, como la legalidad de la Internacional o la libertad de las colonias. En la Jefatura del Estado, en la del Partido Republicano, en la de la Solidaridad Catalana, parecía prisionero de las contemplaciones, miramientos, distingos, hasta que acababa por reivindicar su personalidad y atropellar por todo como en 1873, dejando el trono al verdugo.

No sé si acertaré, y si sería éste Salmerón. Por lo menos, este es el mío. El que ha amado y reverenciado más de cuarenta años; de cerca, en los bancos de su clase: de lejos, en esta política española, que lucha aún entre la vida y la muerte, brutalmente llavada a empellones por sus "estadistas" al pretorio de Europa.

...